

# Elementos para comprender la interacción juvenil en las redes sociales digitales

María Consuelo Lemus Pool<sup>1</sup>

Miriam González Montalvo<sup>2</sup>

En este capítulo nos proponemos recuperar enfoques teóricos que analizan a la interacción como una actividad sociocultural, con la finalidad de comprender los diversos elementos que están involucrados en este proceso al usar redes sociales digitales. Tomamos como elemento central de esta reflexión al sujeto y las etapas de vida que son parte de su desarrollo.

Estas reflexiones parten de los resultados de la investigación “Jóvenes y cultura digital. Nuevos escenarios de interacción social” (Crovi, 2016) los cuales evidenciaron que existen diferentes niveles de interacción en las redes sociales digitales de acuerdo con ciertos rasgos de los diversos grupos juveniles. Ello puede deberse, entre otras cosas, a la adquisición de mayor capital cultural, experiencias de vida en general, temáticas con las que se identifican y en las que se van centrando sus intereses y por lo tanto van consolidando su identidad. Lo anterior coincide con el progreso de los jóvenes en su formación académica (la transición de la educación media superior a la superior), ya que estos ámbitos de socialización tienen una estrecha interconexión con el uso de las tecnologías digitales.

Para desarrollar este planteamiento el documento se divide en tres apartados generales. El primero desarrolla la interacción desde la perspectiva sociocultural, con el propósito de comprender cómo se relaciona con rasgos tales como la edad, el capital económico, social y cultural, las habilidades digitales e incluso las experiencias de vida. En el segundo se vincula la interacción en redes digitales con el concepto de juventudes, a fin de analizar cómo se interrelacionan en el contexto de esta generación que nació inmersa en las tecnologías digitales. Por último, profundizaremos en algunos resultados empíricos que describen la interacción que desarrollan jóvenes estudiantes de la Ciudad de México, retomando para ello los hallazgos de la fase cuantitativa del proyecto de Ciencia Básica

---

1 Comunicóloga. Doctora en Ciencias Políticas y Sociales por la Universidad Nacional Autónoma de México. consuelo.lemuspool@gmail.com

2 Comunicóloga. Estudiante de Licenciatura en Ciencias de la Comunicación de la Universidad Nacional Autónoma de México. miriam.montalvo@politicas.unam.mx. Ambas autoras participamos en el proyecto SEP-CONACYT “Jóvenes y cultura digital. Nuevos escenarios de interacción social”, del cual se desprenden estas reflexiones.

SEP-CONACYT “Jóvenes y cultura digital. Nuevos escenarios de interacción social”, en la que se aplicaron 1,548 cuestionarios a estudiantes de educación media superior y superior, de escuelas públicas y privadas de la capital del país (Crovi, 2016). Con última aproximación a las opiniones y autopercepciones de las actividades que realizan en redes sociales digitales, es posible conocer más acerca de las prácticas de navegación en el ciberespacio que desarrollan los jóvenes que participaron en el estudio.

## 1. La interacción desde la perspectiva sociocultural

La referencia más sistematizada y consistente respecto a la interacción social se remonta al campo de la psicología, en la década de 1930. De acuerdo con Delia Crovi (2009) fueron Alexei Leontiev y Lev Vygotski quienes establecieron que el desarrollo intelectual no se configura únicamente al interior de la mente del sujeto, sino que requiere de la interacción con los otros y con el entorno sociocultural para desarrollar la actividad cognitiva. Fue a partir del estudio de las funciones psíquicas inferiores y superiores, que se desprendió el análisis de los planos de interacción (intra-psicológico e inter-psicológico) mediados por herramientas y enmarcados por un conocimiento históricamente situado (Vygotski, 1976). La interacción fue considerada como un proceso de articulación entre el individuo y la sociedad, del cual se generaba la dupla más importante de esta relación: la acción y el actuar (Leontiev, 1978).

Vygotski (1976) destaca que el lenguaje es el principal instrumento que organiza la interacción social, y es a partir de éste que se construye la transmisión dinámica del conocimiento cultural, social e histórico. Por lo tanto, la interacción tiene como uno de sus elementos sustanciales el intercambio de sentido simbólico, ya que genera un proceso integrador, creador de pautas de comportamiento, con la capacidad de construir relaciones de pertenencia, filiación e identidad. En este punto, conviene precisar que la comunicación es la que hace posible la mutua comprensión y el entendimiento. Por ello resulta más significativo el entramado generado por el encuentro, el contacto, la organización y la acción, que la trasmisión de información (Santoyo, 1985). Sin embargo, en tanto es un mecanismo generador de realidades sociales intersubjetivas, también es un concepto complejo al momento de aterrizarlo en un análisis formal de sus procesos debido a que tiene múltiples dimensiones y planos de desarrollo. Eso provoca que no se tenga una estructura con límites claros entre el campo psicológico individual y social, ni que se haya esclarecido su influencia.

Lo que es social no se convierte directamente en individual, sino que pasa por una herramienta psicológica, una mediación, y este mediador es el signo, que es un medio de actividad interna que se orienta al dominio de uno mismo, es decir, que está orientado internamente (Vygotski, 1976, p. 123).

Esta actividad mediadora, sostenida en el empleo de signos y herramientas, se relaciona estrechamente con lo que Rafael Santoyo (1985) denominó determinación recíproca o inter-juego: “el grupo es el lugar donde el individuo transforma en cierta medida su individualidad, al darse cuenta de que su yo se resuelve, se complica y se transforma en el nosotros” (p. 58). Desde esta perspectiva, es posible analizar la interacción a partir del carácter social del aprendizaje, el cual involucra aspectos como la coordinación, organización, cooperación y establecimiento de relaciones de influencia recíproca entre los sujetos involucrados.

Santoyo (1985) también propone otra vía para aclarar el concepto de interacción y aterrizar su análisis: una definición inversa o antítesis. Para este autor lo opuesto a la interacción es la serialidad. Una serie correspondería a conjuntos de personas que comparten un tiempo, un espacio e incluso una actividad similar, pero que no generan una reciprocidad en sus acciones, por ejemplo, personas que viajan juntas en un autobús, que están en una sala de conciertos o que se encuentran en un salón de clase. De acuerdo con este autor:

Lo que hace cada sujeto incluido en la serie no tiene direccionalidad hacia los otros integrantes de la situación. Los otros, aun cuando son percibidos no aparecen como significativos. Esta falta de significatividad resultaría del hecho de que el otro no aparece comprometido en relación a las necesidades o expectativas de cada sujeto. La finalidad buscada puede ser la misma, pero no aparece compartida. El logro del objetivo no remite los unos a los otros, no los relaciona activamente (Santoyo, 1985, p. 62)

Como puede observarse, la interacción se genera cuando la presencia y las respuestas del otro son tomadas en cuenta, incluidas o anticipadas en la actitud del sujeto. Esto es lo que genera el inter-juego de determinación recíproca y de orientación mutua, desencadenando la acción, ya que la finalidad compartida los relaciona activamente.

Para estudiar la interacción, por lo tanto, no es posible únicamente centrarse en la acción fragmentada de alguno de los actores intervinientes, en la incidencia del *feedback* o respuesta dentro del sistema, así como tampoco en la cantidad de símbolos intercambiados. Todos estos plantea-

mientos, aunque han resultado significativos, minimizan de manera considerable el proceso de interacción al no tener una perspectiva de conjunto.

En este contexto surgen algunos cuestionamientos: ¿cuáles son los componentes que inciden en las diversas formas que toma la comunicación para llegar a ser un proceso de determinación recíproca y de orientación mutua?, ¿a qué se debe que en algunos contextos la interacción se quede en sus expresiones mínimas (como el contacto) y en otros sea el detonante de la acción colectiva?

Para responderlos proponemos el estudio de la interacción desde una perspectiva que engloba al sujeto y su interrelación con los elementos de su entorno, las etapas de vida que son parte de su desarrollo, así como de los capitales que dispone para dar sentido a estas prácticas de interacción en los entornos digitales.

## 2. Entorno de las prácticas sociales

Al hablar de la interacción, es imposible explicar de manera única la diversidad de prácticas que se dan en torno a esa actividad. Mucho menos tener una sola justificación de lo que acontece con ella en los entornos digitales. Por lo anterior, es necesario encontrar cuáles son algunos de los factores que se asocian a esta práctica. Las propuestas de Pierre Bourdieu (1988) para comprender cómo acontecen estas experiencias en un campo social<sup>3</sup> determinado, resultan adecuadas para el planteamiento que estamos desarrollando.

De acuerdo con Bourdieu (1988) las prácticas pueden comprenderse en relación con los diversos capitales que se interrelacionan en un campo, lo cual hace que varíen según el contexto y que cada capital tenga un peso diferente en cada escenario donde se está interactuando.

Para comprender el hecho de que el mismo sistema de propiedades (que determina la posición ocupada en el campo de las luchas de clase y que es determinado por ella) tenga siempre la mayor eficacia explicativa, sea cual sea el campo considerado, y que el peso relativo de los factores varíe de un campo a otro según los casos, basta con darse cuenta que, al ser el capital una relación social, es decir, una energía social que ni existe ni produce sus efectos si no es en el campo en la que se produce y se reproduce, cada una de las propiedades agregadas

.....  
3 El campo social para Bourdieu es: “una construcción analítica mediante la que se designa un conjunto específico y sistemáticos de relaciones sociales; es decir, se trata de una especie de sistema, definible sólo históricamente, que permite trasladar al análisis social la dinámica de relaciones que se desarrollan en la práctica” (Bourdieu, 2001, p. 15).

a la clase recibe su valor y su eficacia de las leyes específicas de cada campo: en la práctica, esto es, en un campo particular, todas las propiedades incorporadas (disposiciones) u objetivadas (bienes económicos o culturales) vinculadas a los agentes, tienen valor, son pertinentes y eficaces en cada campo, ya que en relación con ese campo, funcionan como capital específico y, en consecuencia, como factor explicativo de las prácticas (Bourdieu, 1988, p. 112).

Desde la perspectiva de este autor, el concepto capital puede entenderse como “un trabajo acumulado, bien en forma de materia, en forma interiorizada o incorporada” (Bourdieu, 2001, p. 131) y se puede derivar del lugar del cual se obtenga así como de alguna transformación. El capital se presenta en al menos tres maneras: económico, social y cultural. Con el fin de comprender su relación con el proceso de interacción en redes sociales digitales, definiremos cada uno brevemente.

El capital económico se conforma de los recursos monetarios y bienes materiales que los individuos pueden institucionalizar en derechos de propiedad. Puede convertirse en otros capitales, como el social y cultural, sin embargo, no es un proceso lineal.

El capital social es un elemento que le permite al individuo afrontar las necesidades cotidianas y de reproducción social. Pierre Bourdieu (2001) lo define de la siguiente manera:

El capital social está constituido por la totalidad de recursos potenciales o actuales asociados a la posesión de una red duradera de *relaciones* más o menos institucionalizadas de conocimiento y reconocimiento mutuos. Expresado en otra forma, se trata aquí de la totalidad de recursos basados en la *pertenencia a un grupo*. El capital total que poseen los miembros individuales del grupo les sirve a todos, conjuntamente, como respaldo, amén de hacerlos –en el sentido más amplio del término– *merecedores de crédito*. (Bourdieu, 2001, p. 148-149. Cursivas del autor).

Como se observa, el desarrollo del capital social se representa a través de una red de relaciones. Identifica la pertenencia a un grupo social que puede derivar en ciertos beneficios, los cuales según el mismo autor, podrían ser materiales y simbólicos. Además, fomenta el aumento de compromiso en un grupo para realizar una acción colectiva.

El cultural es el tercer tipo de capital, respecto al cual Bourdieu (2001) precisa que puede existir en tres estados: el incorporado, el objetivado y el institucionalizado. Los distingue de la siguiente manera:

(...) en el estado interiorizado o *incorporado*, esto es en forma de disposiciones duraderas del organismo; en el estado *objetivado*, en forma

de bienes culturales, cuadros, libros, diccionarios, instrumentos, maquinaria, que son resultado de disputas intelectuales, de teoría y de sus críticas; y finalmente, en el estado institucionalizado, una forma de objetivación que debe considerarse aparte porque confieren propiedades enteramente originales al capital que debe garantizar (Bourdieu, 2001, 136).

Los capitales entran en juego y se explican en relación con el *habitus*: “sistema de disposiciones duraderas y transferibles (que funcionan) como principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones” (Bourdieu, 1991, p. 92). Esto significa que las prácticas se adaptan a un fin para funcionar como “estructuras estructurantes”, sin ser producto de obediencia a determinadas reglas. En palabras del propio autor, el *habitus* actúa como marco que puede explicar las prácticas:

Es el *habitus*, en cuanto conjunto de esquemas o principios clasificatorios, disposiciones incorporadas, etc., y el interés (la ilusión) que surge de la relación entre ese sistema de disposiciones y las posibilidades y censuras del entorno. La acción obedece a un sentido práctico, a una lógica práctica, que es la de “espontaneidad generadora” del *habitus*. Y recurre a la regla, al ritual codificado, en las situaciones de incertidumbre y de violencia en las que precisamente dada esa espontaneidad, el interés se decanta hacia la formalización de las prácticas (Bourdieu, 2001, p. 43).

La teoría de la práctica cultural de Pierre Bourdieu es todo un tema en sí mismo, pero en el marco del análisis que nos interesa, los capitales sirven para comprender y explicar los elementos que inciden en las interacciones de los jóvenes en las redes sociales digitales. Ello debido a que son elementos que van determinando el tipo, nivel e intensidad de interacción generada en ciertos contextos, según el campo que se configura a través de tales interacciones. Por ejemplo, el capital económico ayuda a explicar la dimensión del acceso a tecnologías digitales propias, disponibilidad de conexiones de calidad, así como recursos técnicos para estar compartiendo mensajes. Por otra parte, el capital social influye en el conjunto de relaciones que dotan de sentido y profundidad a la interacción, las cuales pueden estar formadas por amigos, familia, compañeros, profesores, por alguna experiencia laboral o por ser miembros de alguna organización (formal o informal) que puede incluso presentarse de manera física o virtual. De la misma forma, el capital cultural permite comprender cómo se logra el conocimiento o dominio de las herramientas tecnológicas, el cual conduce a la apropiación de estos recursos y su aplicación en experiencias originales e innovadoras.

Todo lo anterior se contextualiza en el *habitus* circunscrito a un campo. Esto permite entender por qué no resulta lo mismo interactuar en las redes digitales en función de un trabajo escolar, de una conversación con amigos o con la familia, o en defensa de un tema social. Cada campo va prefigurando las prácticas que se relacionan con el tipo de interacción que se espera en las plataformas virtuales y las diferencias para acceder a estas también están enmarcadas por los capitales que posea o no el individuo, de acuerdo con la particularidad de cada historia de vida.

Desde nuestra perspectiva, los autores que empleamos en este marco de referencia realizan una clara aportación conceptual para comprender la dimensión sociocultural de la interacción y las múltiples prácticas culturales que convergen en el ciberespacio. Aunque sus trabajos son previos a las tecnologías digitales, desde la solidez de sus contribuciones teóricas es posible identificar los procesos de interacción de los jóvenes en las redes sociales digitales.

### 3. Juventud e interacción

La juventud es, en primer lugar, un segmento “que alberga grupos con características singulares, derivadas de aspectos socioculturales y psicológicos, así como económicos y contextuales, que los determinan” (Crovi, 2016, p. 28). Esto significa que la juventud es un concepto que se desarrolla bajo una construcción social, histórica y cultural que ha adquirido definiciones y delimitaciones distintas respecto a la época y la posición geográfica.

La interacción social en la etapa de la juventud es significativa para la consolidación de un rasgo que posibilita todo el desarrollo posterior del individuo: la identidad, que está condicionada por el entorno sociocultural de los individuos a partir de múltiples elementos. Desde nuestra perspectiva, los jóvenes desarrollan una interacción particular en las redes sociales digitales debido a su entorno, oportunidades de acceso al capital económico, social y cultural, así como la acumulación de experiencias de vida, que se dan en forma diferenciada al interior de cada grupo. Asimismo, al ser la juventud una construcción social, cada individuo vive esta etapa y sus fases de transición de diferente manera.

El desarrollo biológico reflejado en la edad, tiene una incidencia en lo que respecta a cambios del cuerpo, salud, energía y capacidad reproductiva de los sujetos, pero el planteamiento de este análisis la edad incide, no desde la biología sino desde la construcción histórico-social, es decir, en términos de los rasgos que comparten los jóvenes que integran una

generación, la cual “hace referencia a la socialización de los individuos que nacieron en una época determinada, quienes internalizan los códigos y patrones culturales de su tiempo” (Margulis, 2001, p. 46).

La edad también es una referencia que se asocia de manera indirecta al nivel de escolaridad, ocupación preponderante para muchos jóvenes. El contexto educativo es un importante ámbito de socialización y provee de características particulares a la interacción de acuerdo con el tipo de escuela, el grupo de amigos, los intereses académicos, entre otros aspectos.

En el estudio general que enmarca estas reflexiones (Crovi, 2016), los rangos de edad considerados se asociaron al concepto de juventud alargada, con el fin de aplicar no sólo el cuestionario al que estamos haciendo referencia, sino otros instrumentos como fueron: grupos focales, grupos de discusión y entrevistas en profundidad<sup>4</sup>. En el caso de los cuestionarios, debido a que se aplicaron entre estudiantes de educación media superior y superior, fueron excepcionales los jóvenes mayores a los 25 años.

Las características de la muestra favorecieron la comparación entre los dos niveles de educación consultados y su contraste en dos tipos de instituciones educativas: públicas y privadas. Como elementos de contexto, estos ámbitos de referencia escolar son relevantes en tanto representan diferentes oportunidades para aprender, adquirir experiencias, relacionarse con el entorno, suscribir modelos de valores, conductas y procesos de pertenencia, así como participar en una comunidad de referencia. Cada etapa escolar tiene la potencialidad de ir moldeando las formas de pensar, conocer y comunicarse en sus relaciones cara a cara y en las que se propician en las redes sociales digitales.

A partir de lo anterior, esbozamos las características esenciales de los jóvenes según la etapa de vida que implica el ámbito escolar de los niveles medio superior y superior. En este contexto, tomaremos la edad sólo como un referente temporal relacionado con la construcción histórico-social de la cual son parte los jóvenes de una generación.

En primer lugar ubicamos la etapa de la educación media superior. Este nivel de escolaridad suele estar entre los 15 y los 18 años. Lo anterior tiene incidencia en la conformación de la identidad individual, colectiva y social, lo cual le posibilitará al joven la comprensión de sí mismo, la adquisición de habilidades sociales y la aceptación o negación de las normas de su entorno social (Dávila, 2004). En este ámbito relacional, la

4 Una referencia más detallada sobre esta categoría puede encontrarse en Crovi, D. (2016). *Redes sociales digitales. Lugar de encuentro, expresión e interacción para los jóvenes*. México: UNAM / La Biblioteca.



necesidad de independencia resulta en confrontaciones frente a los padres, propiciando un vacío emocional, y para compensarlo le destinan suma importancia a la amistad y a las opiniones que de ella emergen.

De acuerdo con los planteamientos de Vygotski (1976), puede decirse que es a través de estas situaciones de tensión entre la aceptación y rechazo al interior de los grupos de amigos, la familia y quienes integran su comunidad de referencia, que se consolida el desarrollo de la personalidad, ya que se adquieren las habilidades de actuar y asumir la responsabilidad de sus hechos, al generar conductas deliberadas, mediadas e interiorizadas. Esta situación también tiene significativa incidencia en cuanto al uso que le dan a las redes sociales digitales, las cuales suelen funcionar más para comunicarse y socializar que para producir contenidos o analizar información (Crovi, 2016).

Por otra parte, el rol central de los jóvenes en esta etapa, es ser estudiantes. Constituye una etapa de preparación para la vida laboral, pero aún con un bajo compromiso y una percepción lejana del futuro (Crovi, 2009).

En términos de construcción de la identidad, esta etapa temprana de la juventud, cuando apenas se ha superado la adolescencia, está caracterizada por un aprendizaje observacional en el cual el comportamiento de los pares, grupos externos y modelos de liderazgo, tienen relevancia en términos de proyección de una imagen, desarrollar confianza en sí mismo y en los demás. También es experimental porque a los jóvenes les gusta explorar (prácticas, comportamientos, sentimientos, pensamientos), aventurarse, correr riesgos y en las equivocaciones dan paso a la reflexión, aprenden de sus experiencias, se conocen a sí mismos, proceso que los orilla a crecer y madurar, según una noción adultocéntrica.

Las escuelas de nivel medio superior cumplen una función de preparación para las exigencias de disciplinas universitarias y profesionales cuando el joven sigue su formación. El trato a los estudiantes de este nivel, en términos de control y vigilancia, son diferentes en los bachilleratos de acuerdo a la institución a la que pertenezcan (pública o privada), y a su vez existen diferencias, debido a que algunos proporcionan a los jóvenes mayor o menor autonomía. No obstante, es un espacio para experimentar, pero también para comenzar a adquirir responsabilidades (Weiss, 2012).

Ahora bien, al pasar al nivel superior (el ingreso suele darse desde los 18 años en adelante y el egreso a partir de los 21), se genera otra dinámica que implica una etapa diferente en múltiples aspectos. En lo que respecta al desarrollo cognitivo, la capacidad de razonamiento analítico y reflexivo aumenta notablemente, por lo tanto, empiezan a evaluar riesgos y a tomar

decisiones conscientes entendiendo las consecuencias de sus actos. Pausadamente, van consolidando sus valores morales, religiosos y sexuales así como comportamientos próximos a los del adulto. Esta situación se ve reflejada en expectativas más realistas, racionales y con un más alto sentido de compromiso hacia algún tema.

Otro aspecto de cambio que es notable en esta transición, corresponde a la función que ejercen las dinámicas relacionales. Las opiniones e influencia de los amigos tienden a disminuir gracias a que consolidan sus gustos, adquieren mayor confianza, el proceso de construcción de su identidad se va fortaleciendo y defienden puntos de vista propios. Algunos especialistas refieren que a partir de los 19 años existe un regreso de los jóvenes hacia su familia, lo cual incrementa sus relaciones de pertenencia e identidad, sin embargo, este proceso “no se manifiesta de la misma manera o de forma homogénea, al contrario, la diversidad es su principal característica” (Dávila, 2004, p.94).

El ámbito universitario refuerza un sentido de autonomía para la toma de decisiones, ya que se trata de un periodo decisivo para el futuro de la vida de cada individuo. Por ejemplo, en esta etapa se decide si continúa con su formación académica; elige un campo o área de especialización; alcanza la mayoría de edad que le permite participar en la toma de decisiones como ciudadano; se integra al ámbito laboral o forma una familia, elecciones que dependen del proyecto de vida y de las circunstancias contextuales a las que se enfrente.

La universidad favorece un ambiente de aprendizaje que puede formar una capacidad crítica al confrontar múltiples puntos de vista. Este entorno también propicia un tiempo proclive a la exploración en libertad, el aprendizaje y disfrute, pero también la preparación sistemática y racional. La dimensión analítica, orientada al futuro profesional entre los jóvenes, se presenta como una condición que les genera diversas exigencias desde su contexto, por ejemplo, la competitividad desplegada por las políticas neoliberales establecidas en la mayoría de los países de América Latina, con diferentes aproximaciones según la clase social y el entorno del joven (Suárez y Pérez, 2008).

Como puede verse, en cada etapa la interacción social puede tomar una función diferente, según el contexto de cada joven. Desde las primeras fases de formación de la identidad individual y colectiva este proceso integrador es el que propicia las pautas para el rol que el sujeto habrá de representar en un sistema social más amplio, a través de la exploración de prácticas, comportamientos, esquemas de pensamiento, la formación

de vínculos de pertenencia, filiación y confianza que permiten la toma de decisiones, Estas dinámicas van configurando una condición compartida que constituye el primer elemento para comprender la interacción: ¿qué significa esta práctica para el sujeto en relación con la etapa vital que está afrontando y las condiciones de su entorno?

#### 4. Evolución de la interacción de los jóvenes en las redes sociales digitales

En este último apartado, como ya se dijo, reflexionamos en torno a los resultados empíricos de la fase cuantitativa del proyecto “Jóvenes y cultura digital. Nuevos escenarios de interacción social” (Crovi, 2016). El objetivo es profundizar en los hallazgos relativos a la interacción e interpretar desde la perspectiva sociocultural los cruces por edad, nivel educativo y género que se desprendieron de este trabajo.

Retomamos la información de dos preguntas del cuestionario<sup>5</sup> para desarrollar los cruces de datos y su interpretación correspondiente: el comportamiento al navegar en las redes sociales digitales y el nivel de interacción. Esto debido a que consideramos que son nodales para pensar la interacción en redes sociales digitales.

Para ello, en los dos siguientes apartados abordamos los resultados de las dos preguntas examinadas. En términos generales, el planteamiento que se está desarrollando pretende identificar los detonantes del proceso de interacción en las redes sociales digitales desde una perspectiva integral. De este modo buscamos incluir tanto los elementos que inciden en la etapa vital que transita el joven, como aquellos que determinan las prácticas según los capitales que disponen y recursos con los que llevan a cabo esta interacción.

##### ***4.1 Comportamiento al navegar en las redes sociales digitales***

La primera pregunta analizada fue: “Pensando en tu comportamiento<sup>6</sup> cuando navegas por Internet y estás en las redes sociales ¿con cuál descripción te identificas más?”, las opciones de respuesta reflejaron una serie de auto-percepciones entre las que podían identificarse los participantes. Estos perfiles fueron:

.....  
5 En el Anexo 1 se encuentra el cuestionario aplicado.

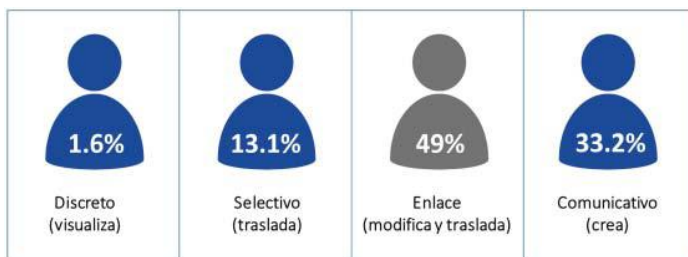
6 En esta pregunta el comportamiento puede ser entendido como la conducta o manera de actuar.

1. Discreto, que hace referencia a alguien que forma parte de la red pero no tiene interacción con otros.
2. Selectivo, un usuario que interactúa con pocas personas, no le gusta comunicarse o no tiene muchas razones para hacerlo.
3. Enlace, quien tiene interacción con algunas personas, le agrada comunicarse pero lo hace sólo cuando hay razones importantes para ello.
4. Comunicativo, caracterizado por tener interacción con muchas y diversas personas, le agrada comunicarse y está en contacto con todos frecuentemente y que lo motiva a crear contenidos y a compartirlos (Crovi, 2016).

Desde la perspectiva sociocultural de la interacción, identificarse con un perfil para estar en contacto y comunicarse con otras personas en las redes sociales digitales, pone de manifiesto una conducta que no sólo se circunscribe a cómo y con qué frecuencia usan la plataforma virtual estos jóvenes, también refleja la importancia del contacto social según la etapa que están transitando, su personalidad, así como las habilidades de comunicación y socialización con las que cuentan.

En los resultados generales de esta pregunta, la tendencia destacada del comportamiento al navegar en las redes sociales digitales fue la de Enlace (49%). Esto significa que los usuarios adoptan la función de vínculo de información, reproducen y replican los mensajes o contenidos de otros, pero se comunican en los entornos digitales sólo cuando existen razones importantes para entrar en relación (Figura 1). Aunque este perfil resultó ser el más significativo entre todos los grupos, existen variaciones en los cruces de información que dan luz a algunas diferenciaciones en la navegación en las redes digitales.

**Figura 1. Comportamiento al navegar en las redes sociales digitales**



\* 3.1% respondió que no se identifica con ninguno de los perfiles

Fuente: elaboración propia.

Según el nivel educativo, los resultados muestran que en el nivel medio superior, los perfiles más relevantes para estos jóvenes son los de Discreto y Selectivo, es decir, usuarios que interactúan con pocas personas que ellos mismos eligen o que adoptan una actitud de observador al navegar. Al pasar al nivel superior el perfil de navegación con el que más se identifican es el Comunicativo. Esto significa que esos usuarios establecen lazos diversos, les agrada comunicarse y están constantemente en contacto con muchas personas mientras navegan.

Estos mismos datos se corroboran analizando los rangos de edad. Conforme crecen van pasando de una navegación del tipo Enlace y Selectiva a una Comunicativa. Para los jóvenes de entre 16 y 17 años (educación media superior) el perfil más relevante fue el Discreto, edad en la que se ubican aún en escuelas de nivel medio superior. Entre los 18 y 19 años el perfil Selectivo fue más recurrente. Para los de entre 20 y 22 años destacó mayormente el Enlace. Y de los 23 años en adelante, fue entre quienes se disparó el número de aquellos que se identificaron con el perfil Comunicativo.

En términos de la interacción social que se genera en cada una de las etapas anteriores, es posible observar que la transición hacia el ámbito universitario, en el que existe un cambio en el círculo de amigos y en el tipo de dinámicas de colaboración con fines escolares, así como el incremento de las habilidades sociales, con el fin de consolidar pertenencia e identidad, se va adoptando un perfil más abierto, reflexivo y expuesto en el ámbito digital. Es probable que los jóvenes de nivel medio superior requieran cuidar más su imagen virtual y real, por lo que también navegan de manera discreta y selectiva, comparten información y se comunican, pero de una manera más focalizada y sólo con propósitos específicos.

Entre las escuelas públicas y privadas también existen diferencias significativas. Por lo general las escuelas privadas cuentan con un número más pequeño de alumnos y los que tienen una posición socioeconómica más alta que aquellos que cursan sus estudios en instituciones públicas. Planteamos que de acuerdo con el tipo de escuela también se propicia una socialización diferente, según el perfil del joven en las redes sociales digitales, lo cual puede estar relacionado con los capitales (económico, social y cultural) que entran en juego en cada contexto. Es decir, un tipo de comportamiento que se relaciona con una construcción de identidad asociada a un *habitus* específico, sin dejar de lado el acceso temprano a las tecnologías digitales cuyas prácticas se interceptan con el estatus y el manejo lúdico de estas tecnologías.

En cuanto a las diferencias por género, se identificó una mayor inclinación por parte de las mujeres a sentirse identificadas con el perfil Enlace y Comunicativo. Entre los hombres, existe una mayor tendencia a navegar como Selectivos e incluso a no identificarse con ninguno de los perfiles propuestos. Estos resultados se pueden relacionar con los roles culturales que históricamente les han sido asignados a hombres y mujeres, ya que a estas últimas se les ha atribuido una socialización más continua y abierta, el mundo de los afectos, así como el tener una relación más profunda con los otros. Estas diferencias refuerzan la idea de que la interacción es una construcción social y culturalmente situada.

En términos generales, puede verse que a mayor edad existe la percepción de que navegar en redes es más dinámico, ya que cuentan con mayores repertorios para interactuar y contactos frecuentes, que pueden matizarse con tres elementos clave: ocupación, especialización profesional y contexto socioeconómico. Primero, las ocupaciones de estos jóvenes, debido a que tienen más tiempo disponible para estar presentes en las redes digitales, que se reduce conforme avanzan en su formación académica. Segundo, está el tránsito del nivel medio superior al superior, el cual les permite la especialización dentro de un área académica, además de las experiencias de vida: nuevas redes de contactos, ideas más claras, temas de interés más concretas, grupos diversos para afiliarse, entre otras. Tercero, también inciden los roles de género, su propia identidad de clase o su contexto.

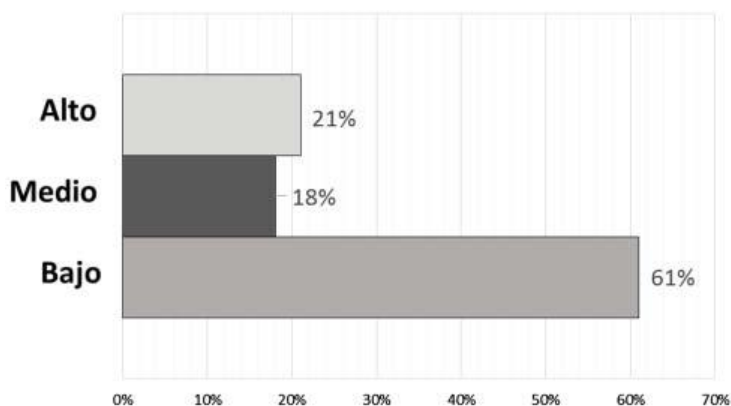
#### ***4.2 Nivel de interacción en las redes sociales digitales***

La segunda pregunta que retomamos valoró el nivel de interacción que los usuarios desarrollan en las redes sociales digitales. Para ello se propusieron nueve actividades: tres del nivel bajo, tres del medio y otra cantidad similar del alto, en las que se midió la frecuencia, habilidades digitales y temáticas a las que se asocian tales acciones (Anexo 1. Cuestionario). En la investigación general (Crovi, 2016), se propuso una tipología de interacción en las redes sociales digitales representada por un ciclo en el que inciden el capital cultural, el nivel de educación, las habilidades digitales, la capacidad expresiva, las temáticas de interés, el entorno del joven y su historia de vida. Tal valoración buscó contar con parámetros para identificar las actividades más frecuentes que realizan los jóvenes al navegar y sus autopercepciones acerca de qué niveles de habilidades digitales poseen, así como su articulación con la acción colectiva.

Entre los resultados generales de la investigación encontramos que seis de cada diez participantes se identificaron con el nivel de interacción

bajo, relacionado con actividades como copiar y reenviar mensajes sin modificarlos; dar *like* o poner marcas a los mensajes que les agradan y conversar. Sólo dos de cada diez jóvenes se ubicaron en un nivel medio, que refiere actividades de mayor complejidad relacional y cognitiva: compartir mensajes haciendo un pequeño cambio al original, adherirse a causas o peticiones de apoyo, y generar mensajes propios para el círculo de amigos o conocidos. En un nivel alto, en el cual también se ubicaron sólo dos de cada diez, destacaron acciones como planear eventos, fiestas y movilizaciones empleando alguna estrategia; difundir información en alguna página o grupo; así como ser parte de una *wiki*, foro o espacio colaborativo.

**Figura 2. Nivel de interacción en las redes sociales digitales**



Fuente: elaboración propia.

En las redes sociales digitales la interacción toma forma en las actividades que desarrollan los usuarios y la naturaleza que éstas adquieren para el encuentro, el contacto y la experiencia recíproca. Sin embargo, para que se articule esta unidad de intercambio e inter-juego que da lugar al vínculo social, es necesario no sólo el acceso a la tecnología, sino las habilidades sociales que permitan interpretar la conducta propia frente al otro y hacer lecturas simultáneas de la inter-subjetividad que se está generando (Santoyo, 1985). Estos procesos están dados por el tipo de actividad realizada en la plataforma, la frecuencia y fruición que genera en el usuario (Crovi, 2016).

Realizar actividades con un mayor nivel de interacción también se relaciona con el potencial de acción social que ésta genera y el grado de compromiso que los participantes adquieran en esta actividad. Por ejem-

plo, para los jóvenes de educación media superior son más relevantes las actividades como producir mensajes para interactuar con su círculo de conocidos o amigos; reenviar contenidos imprimiendo en ellos un comentario propio y adscribirse a grupos con los cuales concuerdan o firmar a favor de aquellas causas que les llaman la atención. Por el contrario, para los que estudian el nivel universitario, existe una marcada inclinación hacia actividades como conversar en línea y chatear. Lo anterior puede relacionarse con el capital social que poseen estos jóvenes y la necesidad de afirmar en redes los contactos que los vinculan a un grupo.

Al evaluar estas diversas actividades a partir de los rangos de edad, los resultados revelan que los jóvenes de entre los 18 y 19 años prefieren reenviar mensajes haciéndoles un cambio para destacar por qué les agrada o no tal contenido. Sin embargo, entre todos los grupos de edad restantes, resultó más relevante el dialogar en las redes digitales, sea de manera sincrónica o asincrónica. La centralidad del diálogo en las redes sociales digitales permite ver su estrecha relación con la apropiación de las herramientas socioculturales que son más significativas en este contexto.

De estos resultados también pudiera concluirse, aparentemente, que a mayor edad y formación académica se desarrolla un mayor nivel de interacción, sin embargo, este proceso no es lineal. Los resultados del cuestionario muestran que, en efecto, a mayor edad existe la capacidad de desarrollar mayores niveles de interacción, pero también existen casos puntuales de jóvenes que realizan preponderantemente las actividades del nivel alto, los cuales estuvieron ubicados en los 16, 19 y de 25 años en adelante<sup>7</sup>. Cabe señalar, sin embargo, que estos son casos excepcionales de jóvenes que cuentan con el potencial de expresión, liderazgo o conocimiento para participar de manera colaborativa en temas de su interés; ser administradores de una página *web*, blog o grupo; así como movilizar recursos para llevar a cabo eventos de diversa índole.

En este sentido, el mayor o menor capital cultural es el primer planteamiento para comprender las interacciones realizadas por estos jóvenes. Al contar en mayor o menor medida con los estados descritos por Bourdieu (2001), es decir, al ser sujetos que están estudiando y que de acuerdo con el nivel educativo suman nuevos conocimientos cada vez más especializados (estado incorporado) y buscan contar con bienes culturales como el acceso a herramientas tecnológicas (estado objetivado).

---

7 En el nivel alto de las actividades de interacción se ubicaron 321 jóvenes, que corresponden al 20.7% de los 1,548 jóvenes que participaron en el estudio cuantitativo.



Los resultados generales de la investigación muestran que para interactuar en un nivel alto en las redes sociales digitales, con fines de acción colectiva, los jóvenes que usan estos espacios requieren una motivación intrínseca para desarrollar una participación activa, tener las capacidades de comunicación (escrita, oral o incluso gráfica), así como ser parte de una comunidad mayor que circunscriba tal participación. Las temáticas que propician esta interacción son tan variadas como los jóvenes mismos. Van desde el ocio generalizado, diversión y entretenimiento, hasta los temas de incidencia social y participación ciudadana. Por ello la interacción debe comprenderse a la luz de estos múltiples escenarios (Crovi, 2016).

En el cruce de datos sobre el que estamos reflexionando, es interesante observar que de acuerdo con el tipo de escuela existen diferencias significativas en estas actividades de interacción. En el nivel medio superior es donde se observan con mayor claridad estas disparidades, ya que la diferencia entre quienes estudian en una escuela privada y realizan actividades de interacción en un nivel alto fue 13 puntos más arriba que aquellos adscritos a una escuela pública. Esta situación se repite en el ámbito universitario, aunque la diferencia es de sólo nueve puntos.

Una primera deducción que surge de estas diferencias, es que entre ambos niveles educativos existe una incorporación diferente en el acceso y uso de las tecnologías digitales al ámbito didáctico. Ello se origina en razones muy diversas, que van desde promover su empleo hasta contar con diseños pedagógicos para su incorporación efectiva en los procesos educativos. Pero también, cada sistema (público o privado) constituye un campo diferente, que concibe el desarrollo de las habilidades digitales como prioridad de manera distinta. Al respecto, la investigación general corroboró que a las instituciones privadas asisten jóvenes de nivel socioeconómico alto y medio, y a las públicas los de nivel medio y medio-bajo, como resultado de estos contrastes “el nivel socioeconómico influye en el acceso a las tecnologías digitales, ya que los jóvenes de nivel más alto tienen mayores recursos para adquirir equipos más modernos, de más ancho de banda y con más capacidad” (Crovi, 2016, p. 43).

Desde nuestra perspectiva, cada sistema educativo socializa la adquisición de aparatos y las habilidades digitales en estrecha relación con la clase social y sus roles en las actividades productivas propias del estrato económico al cual pertenecen. Aunque la escuela es un ámbito donde se puede alcanzar cierta homogeneidad en el acceso y uso, estas diferencias entre niveles y sistemas obedecen también a la dinámica sociocultural que se genera dentro de cada una.

Ahora bien, en cuanto al género y el nivel de interacción, las mujeres perciben tener un nivel más elevado que el de los hombres, sobre todo en actividades como compartir mensajes haciendo un pequeño cambio; desarrollar contenidos para su círculo de contactos y adherirse a causas o peticiones. Los hombres desarrollan más actividades de nivel bajo, como compartir mensajes sin modificarlos, dar *like* y conversar. Esto último podría leerse como parte de los marcos culturales que también inciden en la interacción: existen habilidades de socialización en el contexto de las jóvenes, quienes podrían ser más afines al compartir, intercambiar información, estar en contacto, así como solidarizarse con otros y brindar apoyo, debido a los roles asignados al género femenino.

También existen similitudes y diferencias respecto a las temáticas que son de interés al navegar en las redes sociales digitales. Los aspectos de coincidencia muestran que existen gustos y preferencias que mueven la interacción de los jóvenes por igual. Por ejemplo, navegar con fines de ocio, diversión y entretenimiento es una de las principales coincidencias que existen entre ambos géneros, entre todos los grupos de edad, nivel y tipo de escuela.

Respecto a estos últimos resultados, podemos observar que la lógica generadora de la interacción en estos espacios digitales está orientada por una búsqueda constante del ocio y el entretenimiento, lo cual confiere el sentido práctico del uso de estas herramientas (Bourdieu, 1988). En primer lugar, el origen de estas plataformas, eminentemente comerciales, fue con fines de esparcimiento, por lo tanto esta actividad constituye el principal marco explicativo de las prácticas que ahí se generan. En segundo término, la cultura del ocio en este contexto digital se ha vuelto más compleja a través de las redes sociales digitales, ya que una misma plataforma digital no tiene un sentido único en su uso: la apropiación de estas herramientas propicia que la industria del entretenimiento esté presente de manera continua.

La interacción en estos espacios digitales es un proceso variable y multiforme, que puede desarrollarse en una complejidad de niveles de acuerdo con la finalidad del actor al desplegar tal acción. Desde la perspectiva sociocultural, estas actividades son relevantes no sólo en términos de la cantidad de información que se intercambia y el proceso comunicativo que se desarrolla, ya que esta es sólo la dimensión observable de cómo se va construyendo el complejo entramado del diálogo. El contexto sociocultural es el que ayuda a comprender cómo se estructura la interacción, a través de qué mecanismos se convierte en una dimensión recíproca, con fines compartidos y acción común. Como refleja esta aproximación empírica,

para su comprensión es necesario profundizar también a las etapas de vida, el género, la clase social y una multitud de elementos que contextualizan a esta actividad, así como de manera destacada sobre los temas que los atrapan y disparan los procesos de interacción.

## Reflexiones finales

Tal como lo indicamos, la interacción se comporta como una unidad de convivencia social y permite la construcción de los referentes de sentido a través de la comunicación. Debido a que se trata de un proceso complejo, ha sido necesario perfilar dimensiones de análisis para comprenderla con mayor profundidad. En este trabajo, en el cual nos decantamos por la perspectiva sociocultural, hemos propuesto una primera aproximación para abordar esta escurridiza noción con los mayores elementos de contextualización, sin embargo, no excluye otras miradas.

En cuanto a la interacción que se desarrolla en las redes sociales digitales, concluimos que esta área de investigación, vista desde el campo de la comunicación, aún tiene el reto de profundizar en aquellos elementos que generan interacción, así como entender la estructura de la unidad de acción que promueve la construcción de los vínculos sociales, en niveles y formas diferentes.

Cada etapa de vida y cada construcción sociocultural asigna un peso diferente a interactuar, ya que es a través de estos procesos que se consolida el desarrollo de la identidad, el sentido de pertenencia, confianza y las habilidades sociales básicas que se externarán en el comportamiento del joven. En este contexto, para comprender la relevancia de la interacción digital es necesario integrar una mirada que vincule el sistema de interacciones *off line* y *on line* del joven, a fin de profundizar acerca del sentido de tales las prácticas.

Por otro lado, es necesario destacar los determinantes intrínsecos que generan procesos diferenciados de interacción al interior de las redes sociales digitales. De manera sucinta planteamos algunos factores de incidencia directa, como son el nivel de educación, oportunidades de acceso al capital económico, cultural y social, así como el entorno sociocultural. Pero sin duda, desde el plano de la psicología individual y social también requerimos estudiar más a fondo cómo inciden las habilidades digitales, la personalidad, la capacidad expresiva y, en general las historias de vida, que dan como resultado jóvenes con un alto nivel de interacción en los entornos digitales, en tanto que en otros ese nivel es bajo.

Lo que estos resultados recalcan es que los jóvenes no interactúan en las redes sociales digitales de manera única, ni lineal ni delimitada a un único tema. Estas reflexiones refuerzan la idea de que no basta el acceso para generar una interacción en los escenarios virtuales. En esos espacios las interacciones también están orientadas por la especificidad de su campo de acción, el contexto de los usuarios, así como la vinculación a ciertos capitales que dotan de más o menos recursos a los jóvenes para que interactúen o dejen de hacerlo.

En suma, nuestras reflexiones colocan al joven y su contexto vital como centro del análisis, lo que permite dimensionar con mayor claridad el lugar que verdaderamente ocupan las tecnologías digitales en los procesos de investigación en redes sociales digitales. Ello nos conduce a sostener que la interacción es multifactorial, constituye un concepto complejo, de diversos niveles, cuyos elementos de análisis deben ser explorados mediante nuevos estudios empíricos.

## Bibliografía

- BOURDIEU, P. (1988). *La distinción*. Madrid: Taurus.
- BOURDIEU, P. (2001). Las formas del capital. Capital económico, capital cultural y capital social. En P. Bourdieu (Ed.), *Poder, Derecho y Clases Sociales* (2da ed., pp. 131–164). Bilbao: Desclée de Brouwer.
- CASAL, J., Masjuan, J. M., & Planas, J. (1991). *La inserción social y profesional de los jóvenes*. Madrid, España: Ministerio de Educación y Ciencia.
- CROVI, D. (2009). *Acceso, uso y apropiación de las TIC en comunidades académicas. Diagnóstico en la UNAM*. México: UNAM/ Plaza y Valdés Editores.
- CROVI, D. (2016). *Redes sociales digitales. Lugar de encuentro, expresión e interacción para los jóvenes*. México: UNAM / La Biblioteca.
- DÁVILA, O. (2004). Adolescencia y juventud: de las nociones a los abordajes. *Última década*, 12(21), pp. 83–104. Recuperado a partir de [http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-22362004000200004&script=sci\\_arttext](http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-22362004000200004&script=sci_arttext)
- LEONTIEV, A. (1978). *Actividad, conciencia y personalidad*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Ciencias del Hombre.
- MARC, E., & Picard, D. (1992). *La interacción social. Cultura, instituciones y comunicación*. Barcelona, España: Paidós.

- MARGULIS, M. (2001). Juventud: una aproximación conceptual. En S. Donas (Ed.), *Adolescencia y Juventud en América Latina* (pp. 41–56). Costa Rica: Libro Universitario Regional (EULAC-GTZ).
- McGIVERN, R. (2002). Cognitive efficiency on a match to sample task decreases at the onset of puberty in children. *Brain and Cognition*, 50(1), pp. 73–89. Recuperado a partir de <http://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S027826260200012X>
- SANTOYO, R. (1985). En torno al concepto de Interacción. *Perfiles Educativos*, (27), 56–71.
- SUÁREZ, M.H., y Pérez, J.A. (Coords). (2008). *Jóvenes universitarios en latinoamérica hoy*. México: SES-UNAM; SIJ-UNAM; CIIJ; M.A. Porrúa.
- VYGOTSKI, L. (1976). *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*. Barcelona, España: Editorial Crítica S. L.
- WEISS, E. (2012). Jóvenes y bachillerato. En E. Weiss (coord.) *Jóvenes y bachillerato*, pp. 7–32, México, D.F.: ANUIES.